

A:link {text-decoration: none} A:visited {text-decoration: none} A:active {text-decoration: none}
 A:hover {text-decoration: none; color: #DD1A00}



OPINIÓN

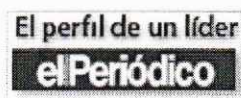


EL ARTICULO DEL DIA

Jordi Solé Tura

Diputado y dirigente del PSC.

El Parlamento según el PP



- Los debates en el Congreso y el Senado han bajado de tono y calidad. Las decisiones se toman en oscuros pactos con las minorías nacionalistas porque al Gobierno no le gusta el control parlamentario

Poco antes del largo parón parlamentario que precedió a las recientes elecciones, tuve ocasión de seguir en directo o desde el monitor de televisión interna del Congreso de los Diputados tres debates parlamentarios a la vez. Uno era el llamado control del Gobierno en el hemiciclo del propio Congreso. Otro, la sesión de preguntas al primer ministro en los Comunes de Gran Bretaña. El tercero, un debate sobre la situación en Kosovo en la Cámara de los Diputados de Italia.

El nuestro, el del Congreso de los Diputados, no era propiamente un debate, sino un rifirrafe con malas pulgas. El portavoz del Grupo Socialista había preguntado al presidente del Gobierno que cuál era el motivo de que el presidente de Rusia, **Boris Yeltsin**, no le hubiese recibido en su reciente visita a Moscú y la respuesta de **José María Aznar** --jaleada ruidosamente, como es de rigor, por su grupo parlamentario-- era poco más o menos que si a él no lo había recibido, a un socialista ni siquiera le habría invitado, porque todos los socialistas son feos, tontos y corruptos, etcétera. Lo de siempre.

La sesión de preguntas de la Cámara de los Comunes giraba en torno al tema de Kosovo y era, como de costumbre, un intercambio de ideas entre el primer ministro y el jefe de la oposición conservadora. Se discutía sobre las opciones tomadas por el Gobierno británico y se sugerían alternativas, con el estilo directo, irónico y aguado tan propio del parlamentarismo británico.

El debate en la Cámara de Diputados de Italia fue introducido por un espléndido discurso del primer ministro, **Massimo D'Alema**, donde se analizaba a fondo la situación de Kosovo, las perspectivas inmediatas y el estado de las negociaciones para encauzar el proceso de paz, el retorno de los kosovares expulsados y el papel de las fuerzas armadas italianas en la ocupación de Kosovo por vía terrestre. Y, tras el discurso, se abrió un turno de intervenciones de mucho calado.

Eran tres debates sobre el mismo tema, pero diferentes. Dos de ellos, el británico y el italiano, de gran calibre. El nuestro, un ejercicio de mala uva y de bajo techo. Y lo malo es que esto no era una excepción, sino la regla. Este es el tono y el contenido normales de nuestra vida parlamentaria en el Congreso y en el Senado desde que gobierna el Partido Popular.

No toda la culpa es del PP, ciertamente, porque el bajo tono de nuestra vida parlamentaria se debe también a unos reglamentos obsoletos que convierten todos los debates en una especie de corsé inflexible. Tampoco hay

que olvidar que el Senado es una Cámara que no responde a las necesidades y a la lógica de un sistema político como el nuestro. Pero desde que gobierna el PP las cosas han ido a peor, los debates han bajado de tono y de calidad, las decisiones se toman al margen del Congreso y del Senado en oscuros acuerdos con las minorías nacionalistas --o sea, con los mismos socios con los que luego se pelean abiertamente-- y, por encima de todo, porque al Gobierno del PP no le gusta ni le interesa el control parlamentario.

Desde que empezó el conflicto de Kosovo no ha habido en el Congreso ni en el Senado un sólo debate digno de tal nombre sobre el mismo. Tampoco lo ha habido sobre la nueva fase abierta con la retirada del Ejército serbio y, desde luego, ni antes ni ahora, se ha consultado ni se ha pedido autorización alguna al Congreso y al Senado sobre la participación de fuerzas españolas en los ataques aéreos y ahora en la ocupación por tierra de aquel territorio. El llamado debate sobre el estado de la nación se celebrará, con muchísimo retraso, la próxima semana con el argumento increíble de que dicho debate podía influir en el resultado electoral, como si no fuese éste, precisamente, el sentido profundo de todas las discusiones parlamentarias y como si el Parlamento fuese un elemento distorsionador de la vida política.

Tras la importantísima reunión de Washington sobre las nuevas tareas y la nueva organización de la OTAN, el Gobierno no se dignó a comparecer en el Congreso hasta dos o tres semanas después y aun de manera cansina y displicente, como queriendo decir que por qué le incordiábamos si ya lo había dicho todo la prensa. Y sobre la reunión de Colonia de principios de este mes, en la que se abordó un tema tan importante como la organización futura de la defensa europea, ha habido un silencio total hasta hace un par de días, ya pasadas las elecciones, mientras en los demás países miembros de la UE y en la Asamblea de la Unión Europea Occidental (UEO) se discutía con pasión y se analizaban las conclusiones punto por punto, porque están en juego problemas y decisiones de gran calibre.

Es cierto, sin embargo, que han comparecido en un par de ocasiones los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa para informar sobre Kosovo. Pero, fieles a sus estilos plúmbeos y sus entusiasmos más bien descriptibles, sus intervenciones han sido meros resúmenes cansinos y de lo que decían los periódicos y las televisiones, como si quisiesen vengar el incordio de tener que comparecer aburriendo a los diputados para que no insistan en reclamar otra vez su presencia.

Puede que algún lector crea que este artículo es un mero trasunto de mi indignación personal. Algo puede haber de ello. Pero detrás de esta indignación hay un serio problema de fondo, que no es otro que la alarma ante el deterioro galopante de nuestra vida parlamentaria. A los gobiernos autoritarios nunca les han gustado los parlamentos. El Gobierno del PP ha surgido de unas elecciones democráticas y, en principio, no se puede calificar de autoritario. Pero después de las elecciones vienen las acciones y un gobierno legitimado por unas elecciones puede entrar en una espiral que lo aparta de su propia legitimidad si no respeta los mecanismos de control parlamentario. Y me temo que esto es lo que está ocurriendo, al menos en el Congreso y en el Senado, dos instituciones claves de la democracia.